

**José Fernández-Albertos y Dulce Manzano**  
***Democracia, instituciones y política económica. Una introducción  
a la economía política***

Madrid, Alianza Editorial, 2010

Norbert Elias solía decir que aunque la especialización académica había traído grandes logros científicos, por sí sola, sin síntesis teóricas explicativas, producía verdaderas miopías intelectuales. Esta circunstancia no solo se ha dado entre grandes ramas de las ciencias (entre las sociales y las naturales entre sí), sino dentro de cada sector científico. Así, por ejemplo, muchas grandes teorías de la sociología, de la economía, de la psicología, de la antropología y de la historia se construyen de espaldas unas de otras, y todas con una vocación omnicomprendiva. Esta es la razón por la que me ha parecido especialmente importante reseñar en la RES esta obra de economía política, que a pesar de tener estructura de manual, es mucho más que un simple conjunto expositivo de teorías, puesto que los propios autores en algunos temas defienden sus propias aportaciones, y con no poca honestidad científica discuten las diversas alternativas teóricas. La perspectiva de fondo de los autores tiene un doble entronque: por un lado, la teoría de la acción racional (por ello consideran a los actores sociales como maximizadores de utilidad) y también el enfoque institucionalista (lo que les aleja de un estrecho reduccionismo economicista). Pero, por otro lado, aunque no se sitúan explícitamente en la perspectiva del conflicto, parecen también asumir su postulado fundamental, a tenor de la siguiente afirmación: «La heterogeneidad de intereses constituye de hecho un elemento crucial de los trabajos de esta disciplina» (p. 10).

Pertrechados con tales armas, y con su evidente interdisciplinariedad de sociología, ciencia política y economía, este libro es una lectura recomendable, no solo para estudiantes de economía política, sino también para los sociólogos, que a menudo hablamos de los procesos y leyes sociales sin tener en cuenta las leyes y los procesos que funcionan en el ámbito político-económico. Además, nos ayudará a entender algunas de las causas de la actual crisis económica. La obra, que destaca por su claridad expositiva y su esfuerzo por simplificar conceptos económicos, está dividida en cuatro grandes partes en las que se distribuyen diez temas (aunque el primero es la introducción general), que siempre terminan con una serie de cuestiones de repaso muy útiles tanto para profesores como alumnos.

La primera, titulada *La economía política del desarrollo*, engloba los capítulos 2 (Desigualdad entre países. Evidencia y teórica económica) y 3 (Instituciones políticas y desarrollo económico). A lo largo de estos dos primeros capítulos, José Fernández-Albertos y Dulce Manzano se enfrentan con la cuestión fundamental: el «hecho» de la desigualdad de riqueza entre países, especialmente derivado de la evolución divergente a partir del siglo XVIII; con un epígrafe específico para el peculiar «retraso» de la economía española, que ambos autores atribuyen a la lentitud con la que España remonta las crisis que afectan a otros países desarrollados. No es fácil explicar las causas del crecimiento de la economía, de ahí la pluralidad de teorías. Los autores se centran especialmente en *el modelo Harrod-Domar*, que atribuye el papel causal del crecimiento al nivel de inversión en bienes de capital; y en *el modelo de Robert Solow*, tanto en su doble versión que incluye o excluye el progreso tecnológico. Sin embargo, las dos teorías tratan la inversión, el ahorro, el crecimiento poblacional, el progreso tecnológico y la tasa de depreciación de capital, como factores exógenos. Precisamente, Fernández-Albertos y Dulce Manzano proponen un enfoque institucional que dé respuesta a las divergencias que se dan respecto a esos factores en los diversos países. Aunque no tratan estrictamente del institucionalismo histórico, lo cierto es que al rechazar el enfoque geográfico (según el cual son las condiciones climáticas, geográficas y ecológicas las que determinan el crecimiento económico) los autores recaen necesariamente en las más modernas teorías económicas sobre la importancia de los legados institucionales y su evolución histórica para el desarrollo de los países. En realidad, como ellos defienden, las cosas son más complejas, puesto que hay evidencias empíricas que avalan la hipótesis de que las instituciones democráticas son más ventajosas para el crecimiento, pero también hay datos que refuerzan que lo son las instituciones autoritarias. Por ello, concluyen que «las distintas instituciones políticas podrían tener efectos diferentes dependiendo de la dimensión económica que analicemos» (p. 94).

La segunda parte, *Instituciones y macroeconomía*, engloba los capítulos 4 (Política monetaria y bancos centrales independientes) y el 5 (La organización del capital y trabajo). Estos dos temas ya ahondan en el estudio de dos instituciones políticas esenciales para las decisiones económicas: por un lado, la política monetaria, es decir, la determinación de la cantidad de dinero en circulación, tiene efectos clave (tanto a corto como largo plazo) sobre los difíciles equilibrios entre el mercado de trabajo, el mercado de bienes y el mercado monetario. Precisamente, el papel fundamental de estas decisiones ha conducido modernamente a la opción de delegar la política monetaria a Bancos Centrales independientes, debido a dos factores: (1) a que los gobiernos normalmente no solo actúan en nombre del bien común, sino que tratan de beneficiar a determinados grupos, creando ganadores y perdedores en las políticas concretas de redistribución; (2) a que las preferencias de la autoridad monetaria son conservadoras, es decir, se centran más en la reducción de la inflación que en la reducción del desempleo. Por estos dos motivos, los gobiernos han comenzado a delegar la política monetaria en instituciones independientes, es decir, aquellas que requieren un número mayor de actores para vetar reformas. Pero, por otro lado, los autores también analizan otra institución fundamental: las formas concretas que adquieren las relaciones laborales, es decir, el nivel de organización de los trabajadores y de los empresarios. La diversidad de estos arreglos institucionales tiene consecuencias decisivas sobre la lucha, bien para un mayor salario o bien para niveles de empleo mayores.

La tercera parte, *Conflicto de intereses y redistribución*, agrupa los capítulos 6 (Desigualdad, redistribución y eficiencia) y 7 (El Estado del Bienestar). Como ya indiqué al inicio, los autores, aunque no utilizan esta terminología, están dentro de lo que genéricamente podríamos llamar «teorías del conflicto», por oposición a las funcionalistas o integradores. Precisamente estos dos capítulos ponen de manifiesto este enfoque, puesto que parten de la diversidad de intereses y de las relaciones entre desigualdad y crecimiento. Así, aunque inician el capítulo con la Curva de Kuznets (que afirma la existencia de un patrón de desigualdad en las primeras fases del desarrollo, en la transición de la sociedad tradicional agrícola a la industrial, pero que se invierte a partir de un determinado nivel intermedio de renta per cápita), y reconocen que este modelo «tiene menos validez para explicar las variaciones temporales de la desigualdad y el ingreso per cápita dentro de los países que para dar cuenta de los patrones de desigualdad entre países» (p. 164). En este mismo sentido, los autores se alejan de las teorías clásicas que consideraban que había una relación positiva entre desigualdad y crecimiento, adhiriéndose a los datos más recientes que muestran que la relación entre ambas variables es negativa, aunque cuestionan la explicación de Meltzer y Richard: así, niegan sus dos supuestos fundamentales, que una mayor desigualdad supone una mayor demanda de redistribución, y que la propia redistribución tiene un efecto negativo en el crecimiento por la falta de incentivos a la inversión y el trabajo. Por ello, Fernández-Albertos y Manzano consideran que hay otras causas, distintas a la desigualdad, que han incentivado la expansión de los Estados de Bienestar. Los autores, en este completísimo e iluminador capítulo dedicado al Estado de Bienestar, afirman que estos no solo son mecanismos de redistribución, sino que, siguiendo a Esping-Andersen, también son mecanismos de protección colectiva frente al riesgo, o la desmercantilización de la fuerza de trabajo. De ahí la variabilidad de Estados de Bienestar, y la problematicidad de considerar que el indicador esencial para valorar el tamaño del Estado de Bienestar sea simplemente el gasto público. Los propios autores toman partido dentro de la complejidad de los diversos modelos y, apoyándose en un estudio suyo anterior, extraen tres implicaciones empíricas: (1) las diferencias en las transferencias al desempleo e indemnizaciones al despido dependen de la influencia política de la clase trabajadora y de la mayor o menor dependencia de los procesos productivos de cualificaciones específicas o generalistas; (2) existe una relación negativa entre los dos tipos de política: a mayor seguridad en las regulaciones del empleo menores transferencias a los desempleados; y (3) dependiendo de la apertura comercial y la volatilidad económica se aplicarán políticas diversas que producirán un tipo u otro de Estado de Bienestar.

Finalmente, la cuarta parte, *Economía política internacional*, incluye los tres últimos capítulos: el 8 (El orden económico internacional), el 9 (La economía política del comercio internacional) y el 10 (El orden financiero y monetario internacional). Los autores, siguiendo a la mayor parte de las ciencias sociales modernas, consideran insuficiente la perspectiva teórica-empírica centrada en los Estados como entidades cerradas. Al contrario, si en sociología cada vez más se habla de geopolítica y de causalidad fuera-dentro o descendente (para poner de manifiesto que muchos de los procesos sociales, político, económicos, domésticos, etc., son fruto de transformaciones en las configuraciones internacionales), en la economía política comienza a ser fundamental estudiar las consecuencias del orden económico internacional. El primero de esos capítulos es un instructivo recorrido histórico por el proceso

que desde hace dos siglos ha ido aumentando las interrelaciones estatales hasta llegar a un verdadero orden internacional, más allá de simples relaciones bilaterales o multilaterales entre Estados aislados. El siguiente capítulo se centra en el comercio internacional, y se discuten los motivos de por qué los gobiernos se empeñan muchas veces en establecer políticas arancelarias y restrictivas, si se ha demostrado que el libre comercio genera más crecimiento. Finalmente, el libro se cierra con un último capítulo dedicado a uno de los temas que han resultado ser ahora más actuales: el orden financiero y monetario internacional; es decir, los flujos de capitales y sus diversos tipos y consecuencias.

En definitiva, los sociólogos que muchas veces estamos ciegos a este tipo de procesos macroeconómicos y político-institucionales, sacaremos mucho provecho de este buen manual, que no solo es para estudiantes, sino para cualquier persona que quiera comprender un poco mejor los intrincados y complejos asuntos de política económica que están fraguando nuestro mundo.

JESÚS ROMERO MOÑIVAS  
*Universidad Complutense de Madrid*  
jesus.romero@edu.ucm.es